

juventud de nuestro país y a la comunidad puertorriqueña.

SOBRE LA DESCOLONIZACIÓN DEL PUERTORRIQUEÑO



*Discurso pronunciado por Abrahán Díaz González en ocasión de la
Asamblea Anual del Colegio de Abogados,
celebrada el 3 de septiembre de 1977, en San Juan, Puerto Rico*

Señor Presidente del Colegio de Abogados,
Señores Miembros de la Junta de Gobierno,
Señor Juez Presidente, Señores Jueces Asociados del
Tribunal Supremo, Señores Jueces del Tribunal Su-
perior y de Distrito, Estimados compañeros y
amigos:

INTRODUCCIÓN

Hablemos hoy sobre la urgencia vital de que se descolonicen el puertorriqueño. Nótese que no hablamos de la necesidad de descolonizar al puertorriqueño, sino de la urgencia de que el propio puertorriqueño se descolonicen; de que movilice su capacidad de autodisciplina y las fuerzas de su espíritu para su tarea de descolonizarse en un profundo sentido existencial y psicológico, en un

proceso tan único y esencial como aquel que precisa el hombre para la salvación de su alma. El colonialismo de que hablamos trasciende la dimensión política en el sentido convencional. Es un proceso que emana del hecho político, pero que hoy, en gran medida, obedece a fuerzas y tendencias generadas por la sociedad industrial. La participación efectiva del ciudadano en los procesos y en las instituciones de gobierno: su vivencia de la naturaleza y de los fines del progreso; la distinción y el conflicto frecuente entre la autoridad y el poder; la posibilidad que tiene el hombre de conocer y conocerse, de gozar la integridad propia y la ajena, de liberarse —posibilidad coartada por instituciones y organizaciones opresivas y deshumanizadas—; la superabundancia de bienes que esclaviza y la escasez que denigra, son sólo algunos de los problemas pertinentes al proceso de descolonización de la persona. No es posible que la descolonización de la persona sea simultánea con la terminación del coloniaje en el cuerpo político. Tal vez la extirpación del coloniaje en nuestro ser, constituya el aspecto más doloroso y difícil de nuestra liberación personal y colectiva.

Nuestra historia delata las huellas del colonialismo en forma de ocupación militar y las huellas de aquel dominio más sutil, pero más efectivo, que resulta del control jurídico, económico y psicológico. Tenemos conciencia de que casi ochenta

años después de la ocupación norteamericana del país, nuestro cuerpo político carece de poder sobre áreas cardinales de su libertad. No tiene poder alguno sobre la inmigración y emigración. El gobierno de los Estados Unidos retiene poder absoluto sobre la transportación aérea y marítima; la política tarifaria; el comercio internacional; la moneda, banca y finanzas; las comunicaciones; las aguas navegables; el salario mínimo y otros asuntos laborales; la ciudadanía; la protección ambiental; el uso militar del territorio y el servicio militar obligatorio. El modelo, el esquema conceptual, el paradigma que ofrece nuestro cuerpo político es el de una colonia.

Pero, no vamos a referirnos hoy a la necesidad —también urgente y también vital— de descolonizar el cuerpo político en que se han organizado los puertorriqueños. Hablemos en esta ocasión de lo que el colonialismo representa para la persona del ser humano puertorriqueño y de lo que significa para ese mismo hombre en sus actos de relación con sus semejantes. Para ello es imprescindible distinguir la persona de cada puertorriqueño —en su realidad única— del cuerpo político. Entre la persona y el cuerpo político existe una estrecha relación; se influyen recíprocamente, son consustanciales y deben mantener un equilibrio extraordinario. Es condición indispensable para una comprensión lo más objetiva posible de la realidad, además de tener

PERSONA Y CUERPO
POLÍTICO

clara esta distinción entre persona y cuerpo político, determinar el grado preciso de equilibrio que debe gobernarlos.

Los procesos de descolonización de la persona y descolonización de la organización política, deben ser simultáneos con aquellas diferencias de grado de desarrollo que puedan dictar el tiempo y la realidad. No es posible que ocurra el uno en abstracción del otro. Siempre será imprescindible a la descolonización real del cuerpo político la descolonización del puertorriqueño como persona.

Corresponde en este punto señalar tres escollos a la comprensión y al planteamiento efectivo de nuestro problema.

El primero, la práctica de excusar toda falta, todo mal, toda inacción individual y muchas voces colectiva, a base de la existencia de la colonia. Esta actitud es "germana" de otra que consiste en establecer la abolición del sistema colonial en el cuerpo político como condición previa a la autodisciplina, a la autonomía personal y al imperativo de valerse uno por sí mismo.

El segundo, la tendencia evidente en un número considerable de conciudadanos a subestimarse, a autodenigrarse como consecuencia de culparnos únicamente a nosotros mismos de todos los males individuales y colectivos que nos asedian. Tanto el sentimiento de indefensión o la aceptación de impotencia por conveniencia, como

el "mea culpa", resultan de la tara psicológica producida por el coloniaje y son obstáculos al esfuerzo de descolonización del puertorriqueño y de su cuerpo político.

El tercero, consiste en el grave error de entender que el coloniaje no tiene otra acepción que la de la escueta relación política con la metrópoli. Esta posición ignora la exposición del puertorriqueño a un tipo de vasallaje tan grave como la ocupación militar o el control jurídico. Este nuevo vasallaje entraña una entrega a las visiones prevalecientes, no en una, sino en todas las sociedades industriales.

El colonialismo depende para su vitalidad de la vigencia de unas ilusiones fundamentales. ¿Cuáles son algunas de estas ilusiones que debe rebasar el puertorriqueño para poder descolonizarse?

La primera ilusión que debe rebasar es la de que goza de gobierno propio. El más confundido de los colonizados es aquel que ignora la verdadera naturaleza de su situación. El hombre tiene necesidad de cobrar conciencia de la sociedad en que vive. Aspira a gobernarse. La existencia de un aparato que pueda convertir en ilusión falsa su legítima aspiración, explica por qué resulta tan difícil al ciudadano incauto percatarse de este eclipse del entendimiento político. Se prefiere creer que "de verdad" el pueblo controla, que el pueblo gobierna al gobierno. Se cree que la elección de unos

ESCOLLO AL
PLANTEAMIENTO

ILUSIONES DEL
COLONIZADO

funcionarios ejecutivos y legislativos garantiza la solución de los problemas mediante el proceso eleccionario. Se asume que los procesos eleccionarios operan aquí en la forma ideal que se cree funcionan en Estados Unidos. La realidad dolorosa es que la participación del ciudadano está viciada por todo el proceso de "politización" que caracteriza la vida puertorriqueña. Todo se ha teñido —por todos los partidos— de política partidista en Puerto Rico. Se reclama una solución política para todo: la justicia, la salud, la economía, la educación y hasta las artes evidencian los estragos de esa solución política. Pasadas las elecciones, el elector abdica a la responsabilidad que tiene de proteger su grado máximo de libertad y se pone en manos del gobierno que crece y crece y se ha convertido gradualmente en árbitro de los intereses, de los valores, y en ocasiones, hasta de las esperanzas de los ciudadanos.

Pero la ruina política cala más hondo.

No escapa a quien estudia y conoce la naturaleza del poder público en Puerto Rico, que la ilusión sobre el gobierno propio palidece frente a la fantasía de creer en el poder del estado en Puerto Rico para proteger a los puertorriqueños. La observación cotidiana del proceso de gobierno demuestra que no empuja las proclamas, la realidad es que se brega sólo con los aspectos más superficiales de nuestra problemática y que la vida pública evidencia una trivialidad deprimente. Los

partidos que han usufructuado el poder, se han convertido en meros instrumentos, en macro-instituciones que tienden a confundirse con el gobierno mismo dirigidas por políticos profesionales, sintéticos, cuya preocupación primaria consiste en lograr y retener el poder. En este escenario patético de su circunstancia, la fe que ha tenido el puertorriqueño en la autonomía, se convierte en una mera ilusión de gobierno propio.

La segunda ilusión que debe rebasar el puertorriqueño consiste en la ilusión del "progreso".

Antes de discutir la necesidad que tiene el puertorriqueño de descartar su falsa visión del progreso para poder descolonizarse, precisa que formulemos algunas aclaraciones. Durante las últimas décadas, el país realizó un esfuerzo contra los verdaderos enemigos ancestrales del hombre: la miseria material que denigra el alma, la pobreza de salud, la injusticia y la intolerancia. Que no se interpreten nuestras palabras como menosprecio de los logros sobre la penuria o como falta de respeto al legítimo reclamo de pan, albergue y trabajo. Que tampoco se interpreten como evocación pueril de una época que sólo por pasada se declare mejor, ni como ejercicio en la disyuntiva entre un "beatus ille" de nuevo cuño y el holocausto tecnológico. Nadie siente nostalgia por la miseria pasada y nadie aboga por una inmutabilidad obtusa.

Esta falsa visión del progreso —que no es patrimonio exclusivo de los Estados Unidos, ya que de ella participa el hombre en todas las sociedades industriales— reclama un nuevo auto de fe. La descolonización del puertorriqueño en este gran esquema, que resulta mucho más amplio que las meras estructuras políticas, supone reconocer que el colonialismo viene de muchas partes, trajeado de muchas maneras, envuelto en grandes instituciones que trascienden las fronteras, los ejércitos, los parlamentos y las banderas. Su metamorfosis — funesta para el hombre— le ha impartido el carácter de un nuevo doctor Frankenstein, creador no ya de un monstruo sino de monstruosas visiones; en este caso particular, la de un futuro falso, materialista, gobernado por una técnica que se cree promete — por sortilegio— garantizar a todos la abundancia insoñada con un mínimo de esfuerzo. Un futuro fáustico, donde a cambio de aceptar el ideal de la abundancia, el puertorriqueño ha sido relevado de la responsabilidad por su libertad. El hecho de que de esta visión falsa del progreso puedan ser partícipes el norteamericano, el alemán y el ruso, de muy poco vale al puertorriqueño en la esperanza de su autonomía personal. Hemos, como persona, venido a identificar el progreso con el crecimiento económico y material, rápido e ininterrumpido. Este proceso de imitación de los Estados Unidos y de otras potencias coloniales, nos ha llevado a confundir

la producción con el bienestar. Hemos sucumbido —gustosamente y sitiados por la propaganda— a la gran mentira de que el progreso moral es secuela inevitable del progreso material. Hemos aceptado como conocimiento, como realidad social, la idea de que el mero cambio a una técnica más compleja, o el mero crecimiento económico, civilizan. Hemos internalizado la idea —propalada por las grandes potencias coloniales del mundo— de que la prosperidad resulta de la incorporación de la alta tecnología a nuestra vida social y de la violación de la tierra y del saqueo de los mares, en busca de minerales, de petróleo y de otros recursos irremplazables para entregarlos a las corporaciones multinacionales por las piltrafas del rendimiento económico, a cambio de sufrir las consecuencias de la destrucción del balance ecológico. No les extrañe que estén en progreso gestiones para —al igual que en “El Otoño del Patriarca”— venderle el mar a los petroleros. Como buenos colonizados exportaremos emigrantes y la materia prima que suplirá la energía para el “progreso”.

Se nos ha turbado el espíritu. Se nos ha eclipsado la dimensión humana del progreso. Hemos sido testigos, y en ocasiones cómplices, del desenfreno de la dimensión material y tecnológica de la vida. Hemos progresado y nuestra visión del progreso amenaza la ruina de la calidad de la vida en Puerto Rico.

Existe un grave problema de población, una de cuyas dimensiones —la propagación desmedida— es responsabilidad personal del puertorriqueño y no del estado ni de la colonia. Este problema debe resolverse a base de la autodisciplina personal. Pero no es este el más grave de los problemas. La Babel creada por la falsa visión del progreso, ha minado la cohesión social del puertorriqueño —su capacidad de organización— y ha fomentado la enajenación y una visión anárquica de la vida, que constituye un efectivo aliado del colonialismo. Nuestra fascinación con el cambio de nivel tecnológico, con el crecimiento económico desmedido y nuestra indiferencia ante el saqueo de la naturaleza, se han conjugado con nuestra ignorancia de los graves peligros que para el progreso real entrañan algunas fuentes fundamentales de cambio, tales como la tecnología y la superabundancia de bienes. El desconocimiento de los efectos de tecnología, —no sólo sobre los recursos sino sobre la libertad y la propia humanidad del hombre—, los logros de la ingeniería biomédica, la modificación del clima, el transplante de órganos, la modificación genética, la creación de ambientes espectrales producto de una arquitectura enajenada y de una técnica deshumanizada que separa radicalmente al hombre de la naturaleza, son sólo algunos ejemplos de los peligros que plantea la

técnica como fuente de cambio y verdadero progreso.

La abundancia desmedida de bienes y privilegios, de artículos y reclamos sociales —prenda de una doctrina epicúrea de la igualdad—, ha deteriorado nuestro carácter y ha alterado la escala y la naturaleza misma de nuestras instituciones.

La tercera ilusión radica en nuestra confusión del autoritarismo con el orden. La ignorancia sobre los derechos propios, la ignorancia e indiferencia ante los derechos ajenos, y la intolerancia, son sólo algunos de los ingredientes que explican una fuerte tendencia al autoritarismo. La gran mayoría de la población parece compartir la opinión de que debe obedecerse estrictamente a las personas investidas de autoridad. La superioridad jerárquica hace pasar por alto la razonabilidad y en ocasiones hasta la legalidad de las actuaciones. La familia, la escuela, la iglesia, la universidad, las esferas de actividad económica e industrial, los partidos políticos, y el gobierno, evidencian el fortalecimiento de este autoritarismo. Todas estas instituciones —que podrían ser agentes catalíticos para la liberación de la persona— tienden a reforzar su impresión de que el cambio en la estructura y en los fines del cuerpo político, es perjudicial, tienden a minar la autonomía individual y a convertir la sumisión y la dependencia de la persona en una segunda naturaleza. En la medida que estas instituciones, en vez de propiciar el desarrollo de la autonomía necesaria para la

liberación personal, fortalecen el autoritarismo en aras del orden, en esa medida son agentes que atrasan la descolonización del puertorriqueño.

Una cuarta ilusión se refiere a la impresión errónea de que existe en Puerto Rico un libre flujo de información. Los principales medios de difusión del país son propiedad de corporaciones poseídas por norteamericanos o por puertorriqueños de tendencias asimilistas, muchos de ellos políticos partidistas destacados y todos ellos identificados con las imágenes de la sociedad de consumo. Dedicán su casi monopolio de los canales de información a un esfuerzo para generar necesidades artificiales, a vender artículos —la mayor parte de los cuales nadie necesita—, a representar los intereses económicos de los grandes intereses como los intereses individuales de cada puertorriqueño. La información adolece de un provincialismo estrecho, no sólo sobre lo que ocurre de importancia en la esfera internacional sino en los Estados Unidos. El mundo exterior está condicionado por la mentalidad, por la orientación y en ocasiones por el partidismo de los dueños y directores de los medios de difusión, por los grandes intereses y por el prisma de un estilo de vida que impone la relación con la metrópoli a una clase dominante que la asimila y la trasmite al pueblo. Todo esto, por una parte, construye una realidad social falsa sobre el mundo exterior para unos; y, por otra parte, hace posible que para sectores

considerables de nuestra población, el mundo exterior, a todos los efectos, no exista.

Nuestro mundo interior, el íntimo, el que nos muestra la imagen que tenemos de nosotros mismos, es socavado, adulterado y en ocasiones negado. Se incita a la imitación del modelo de vida y de ser de otra sociedad. Se propala el partidismo sectario, la idea de la dependencia, la devaluación de lo propio, todo lo cual hace más difícil evaluar no sólo la responsabilidad ajena sino la propia, en la lucha por nuestra descolonización individual y colectiva.

Los medios de difusión, salvo contadas excepciones, han establecido unas categorías lingüísticas para servir sus fines asimilistas. Gradual, pero deliberadamente, han impartido una carga psicológica peyorativa a ciertas palabras que encarnan sentimientos y valores tan básicos para el hombre, que no podría estudiarse sociología sin utilizarlas. Las palabras nación, patria, república, nacionalismo, son tabú y constituyen fuente de tensión psicológica en la conversación diaria y hasta en la academia. En esto, los medios de difusión han contado con la colaboración de la escuela y con los efectos de la campaña de dichos medios para carimbar todo sentimiento patriótico como "separatista" y todo esfuerzo de liberación personal o colectivo como "subversivo".

La responsabilidad de la escuela y de la universidad —de todo lo que se designa el sistema

educativo— en cuanto a esa ilusión de que aquí existe un libre flujo de información, es grave. Esa institución refuerza, además, no sólo la ilusión de que nos educa, sino la de que nos iguala y nos libera.

En síntesis, la información que recibe el puertorriqueño sobre el mundo exterior, es mezquina —mezquina por limitada, por provincial, y en ocasiones, por lo falsa. Vietnam, Cambodia, Cuba, China, Chile, y los procesos de liberación de los negros y otras minorías en los Estados Unidos, son buenos ejemplos de esta mezquindad. La información en el caso del mundo interior es partidista, balcanizadora, deformante, colonizadora.

La quinta ilusión que debe rebasar el puertorriqueño para descolonizarse, radica en su creencia de que la disponibilidad desmedida de bienes nos iguala y nos libera.

La mayor parte de nuestro pueblo sigue siendo pobre. Una de las pocas cosas que parece hemos conservado durante los años de una producción y una riqueza sin precedentes en nuestra historia es la miseria. Las familias que constituyen aproximadamente el 65% de nuestra población devengan un ingreso bruto menor de \$5,000.00 anuales.

La farsa de la igualdad —la igualdad en el consumo— ha cobrado tal auge, que constituye tal vez la más grave amenaza a nuestra libertad individual y colectiva. Los ricos y la clase media se han

convertido en los catadores del futuro a que se hace aspirar al pobre. Los vicios del nuevo rico han cobrado carácter nacional. El pobre sucumbe, no al recibo desmedido de bienes sino a una vida miserable, iluminada por la aspiración y la promesa de una futura igualdad en el consumo. Se hace un uso injusto y antieconómico del sobrante de la sociedad. Plaza de las Américas se ha convertido en el gran símbolo, en la primera catedral del nuevo culto esclavizante.

Hace diez años, Frank Tannenbaum, historiador y profesor de la Universidad de Colombia, dijo —en palabras que delatan el proceso de internalización de esta ilusión—, al referirse a la política económica norteamericana en América Latina:

“La nuestra es una revolución peculiarmente aceptable —sin dolor, agradable e irresistible. Estimulamos el apetito de los pueblos por toda clase de productos, y se los ofrecemos en venta, baratos, fiados, a plazos o a prueba. Lo único que no aceptamos es un ‘no’. Lo que tenemos que ofrecer tiene que aceptarse, porque es bueno para la gente. Aumenta los placeres de la vida, añade a la alegría de la existencia, hace fuertes a los hombres y bellas a las mujeres. Es fácil de fomentar; se lleva a cabo por la empresa privada y

por una ganancia. No requiere conspirar, ni una línea de partido, y es efectiva. Está, de hecho, alterando la faz del globo y modificando los hábitos, actitudes, gustos y ambiciones de los pueblos. El gran cambio en nuestro tiempo radica en la revolución de consumo propalada por los Estados Unidos... El impacto de América no es oficial, es privado y personal, y el gobierno juega un papel insignificante en ello. El fomento de los buenos negocios ha sido una empresa inocente: no estaba supuesta a tener ningunas consecuencias políticas. La influencia política sobre naciones extranjeras está supuestamente reservada para la política oficial. Pero esta visión ha demostrado ser errónea. La presencia americana real radica en las transacciones de negocios privados e individuos; los que formulan la política oficial carecen relativamente de importancia".¹

El consumo enardecido del puertorriqueño rico y de clase media, el despilfarro por aproximadamente 35% de nuestra sociedad y la mesmerización del resto por la mera promesa de la

¹ Frank Tannenbaum, *Ten Keys to Latin America* Vintage Edition. Feb. 1966, págs, 201 et seq. (Traducción nuestra.)

abundancia desmedida, han convertido a una pequeña isla de 3,600 millas cuadradas con una población de sólo 3 millones de habitantes, en el cuarto mercado mundial de los Estados Unidos.

Se nos colonizó el gusto, el apetito y la visión de la vida.

¿Qué hacer?

¿QUÉ HACER?

El puertorriqueño tiene, como persona, que cobrar conciencia de la necesidad vital de descolonizarse, de librarse de la inseguridad, del sentido de inferioridad y de la dependencia que ha internalizado durante el periodo colonial. Tiene que reconocer la distinción de dos procesos de descolonización interdependientes y coetáneos: el de la persona y el del cuerpo político y la realidad de que la terminación del coloniaje sobre el cuerpo político no conlleva, necesariamente, la descolonización de su persona. Debe saber que para que el proceso de descolonización sea real, la libertad que ofrezca el cuerpo político tiene que encontrar eco en su autonomía, en su capacidad para valerse por sí mismo y en su libertad interior.

Tiene que cobrar conciencia del papel de las instituciones en su formación o deformación y el que han jugado en el proceso de colonización la familia, la escuela, la iglesia, el trabajo, el gobierno, los partidos y otros medios de difusión que pueden ser instrumentos liberadores o instrumentos para

reforzar los elementos colonizantes. La naturaleza, los fines, y la manera en que se desenvuelven en el país esas instituciones, deben ser objeto de su reflexión. Debe asegurarse que las grandes instituciones que creó para servirle, no ayuden a colonizarlo aún más.

Tiene que reconsiderar el alcance y la naturaleza de su participación en los procesos electorales y la efectividad de esos procesos para resolver sus problemas fundamentales. Debe rebasar el partidismo y colaborar, con la aportación de su ejemplo, a despolitizar y a elevar el tono de la vida pública. Debe esforzarse en contribuir a superar el bajo nivel de organización colectiva. Ha de reconocer que siempre constituye una alternativa válida, el realizar sus aportaciones fuera del proceso político, donde existen, a nuestro juicio, extraordinarias contribuciones que ofrecer al país.

Debe liberarse de las ilusiones que apoyan el colonialismo. La aspiración legítima de gobernarse, no puede confundir el mero proceso electoral con el verdadero gobierno propio. Tiene que rebasar la ilusión de progreso que genera la sociedad industrial y no esclavizarse a una visión de un futuro materialista gobernado por una técnica que se cree promete —por acto de magia— la abundancia sin esfuerzo; un mundo donde el puertorriqueño, a cambio de la abundancia, haya sido relevado de la responsabilidad por su libertad. Un mundo donde

la adquisición de bienes por un mayor número de personas cada día, frustré el disfrute por todos: donde a medida que pueda adquirir más y más lo que desea, pueda hacer menos y menos lo que quiere.

Confiamos que nuestras palabras constituyan un estímulo para ulterior reflexión; un recordatorio de lo que el valerse por uno mismo y el rigor crítico representan en el proceso de nuestra descolonización.

Abrigamos la esperanza de un puertorriqueño libre de espíritu en una sociedad sobria, estable en su población y en su producción material fruto de su trabajo y de una tecnología no destructiva y respetuosa del balance ecológico. Una tecnología evaluada, adoptada y controlada, no por expertos sino por la ciudadanía. Una sociedad política voluntaria organizada para la austeridad.

Confiamos en que sea una sociedad igualitaria; austera en la satisfacción de aquellas necesidades genuinas del hombre: pan, albergue, trabajo; generosa en el saber; libre de ansiedad, de miedo, de coacciones y malas tradiciones; generosa en una libertad anárquica para el deleite del espíritu en la creatividad, la maravilla, la compasión, la belleza y el misterio.